

Cinco poetas extremeños

La poesía extremeña no aparece claramente definida en las historias de la literatura como lo están, por ejemplo, la catalana o la gallega.

En la valoración de esa diferencia se presupone también una tradición de la lengua. Algunos apasionados de su tierra extremeña han reclamado el derecho a esa tradición de la lengua, como sucede igualmente con algunos andaluces. Creo que no tienen razón, y la misma literatura lo demuestra. La confusión se originó especialmente con Gabriel y Galán, que llevó a sus versos una reproducción más o menos fonética, antes que lingüística, del castellano-extremeño, y así mismo otros poetas de menor categoría, que han insistido en esa logomaquia. Pero la verdad es que no hay ningún poeta importante que haya escrito en "extremeño" sino en castellano, pues el castellano es, sin duda, el idioma de esa poesía. En todo caso, lo que distingue a un poeta extremeño no radica en cómo pronuncia determinadas palabras (cosa que por lo visto sí creían Gabriel y Galán y sus consiguientes acólitos) sino, sencillamente, en ser extremeño (1).

Por otra parte, el regionalismo a ultranza ha creado empecinados, tales como considerar a Espronceda como poeta extremeño sólo por haber nacido en Almendralejo. Gabriel y Galán no había nacido en Extremadura; pero sí puede considerársele, por una gran parte de su obra, tan extremeño como nunca lo fue Espronceda. Porque ser poeta extremeño no consiste sólo en exhibir una partida de nacimiento sino, ineluctablemente, en demostrar que obras son amores y solidaridad con la tierra donde se ha nacido. Pero el afán de ciertos nacionalismos atrabiliarios, procuran acopiarse poetas, cuando no héroes, aunque ni los unos ni los otros se hayan identificado jamás con su pueblo. De esto sabía bastante

Don Pedro de Valencia como puede leerse en su "*Discurso sobre la ociosidad*".

A lo largo de su historia, la poesía extremeña (y su literatura, en general) ha carecido de críticos (2) que primaran el rigor antes que el elogio o la diatriba; las connotaciones políticas también se han entremetido en los juicios literarios, como es patente, por ejemplo, en Gazul. No ha habido, desde luego, para ella críticos que estuvieran a la altura de sus creadores más cualificados. Aquella carencia no ha permitido señalar a cada escritor en su sitio ni relacionarlo, axiológicamente, con la cultura generacional o de época. Así, no es extraño que se hayan llamado -y se llamen- poetas a repentinos versificadores o folcloristas del verso que exclaman su exaltada "*pasión*" extremeña, curiosamente, desde cualquier lugar que no sea Extremadura, de la que se han desterrado, y a la que recuerdan sólo cuando se creen ser los primeros en que se les rinda admiración y homenaje.

Los nobles esfuerzos de algunos estudiosos de la literatura extremeña, como López Prudencio, Jesús Rincón y Giménez y otros, no tuvieron pública continuidad. Iniciaron ambiciosos proyectos como el de la edición de la "*Biblioteca Extremeña*", de efímera vida. También hubo revistas, pobremente editadas, a costa de don Manuel Monterrey ("*Gévora*") y de Francisco Rodríguez Perera ("*Alor*"), que difundieron la poesía de Badajoz en América y que acabaron sus días sin que nadie se preocupara por su suerte. Eran, desde luego, otros tiempos y tan oscuros que ciertos libros no pudieron publicarse, al prohibirlos una censura analfabeta. La inopia cultural del franquismo se reflejó en Extremadura con toda su crudeza y basta decir que censuraba a los escritores, y aun a los profesores y a los jueces. No obstante, es posible que no haya habido en toda España un pensamiento más democrático que el de la gran mayoría de los intelectuales y poetas extremeños. Incluso un falangista como el cacereño José Canal, tuvo la gallardía y la hombridad de poner el talento de los demás por encima de la ideologías y reconocerlo públicamente en sus escritos, sin rendirse al peligro de que lo consideraron un tráfuga. Nadie parece recordar hoy a este generoso y entrañable poeta y amigo, cuya honradez acrisolaba a Extremadura.

Desde los tiempos de Doña Catalina Clara, y aun antes, y después con líricos de la calidad de Vicente García de la Huerta, Meléndez Valdés

o Carolina Coronado, la poesía de Badajoz no ha tenido la misma abundancia de poetas que en otras regiones españolas, salvo que nos interese, todavía hoy, un repertorio de nombres de gente que ha escrito o escribe versos pero raramente poesía, ya que incluso hay quien, a fuer de versos ostenta alguna fama; pero esto sucede cada vez más desde que se confunde la literatura con los programas de televisión.

Intento, con este informal artículo, ocuparme de obras que me interesen, de poetas consecuentes con su vocación a pesar de las ingentes dificultades que han encontrado en su camino.

JESUS DELGADO VALHONDO

Por edades, voy a referirme primero a Jesús Delgado Valhondo, a quien en 1988 dedicó la Diputación y la Editora Regional la impresión de sus obras completas.

JDV es un poeta de tendencia clásica tradicional, incluso en los momentos en que parece darse al versolibrismo, como en "*Los anónimos del coro*", que conforma un pseudo verso libre. En sus comienzos se atisban las huellas de Don Antonio Machado y de algún poeta de la generación del 27. No se trata de una influencia patente, porque JDV se distingue por una recia personalidad que impone, definitivamente, en posteriores libros.

Su poesía es, a la vez, la de un solitario y un solidario. El mundo se revela en él por una convicción íntimamente individual y propia; con esa voluntad de ser él mismo en una casi representación schopenhaueriana; pero un poeta sensible como él, difícilmente llega a conocer la misantropía, y esa visión ensimismada del mundo se abre, de pronto, a la solidaridad de una manera evangélica, no "*social*". Lo solidario de JDV consiste, ante todo, en el reconocimiento del prójimo, no de las masas o de la multitud, y se desliza como una excogitación cartesiana que prolongara el "*yo pienso (o yo pienso que soy poeta), luego existo*", luego también existe el prójimo. Y la transferencia más que del pensar, del sentir de sí mismo, y de los otros, del dolor, del amor, del conocimiento de la muerte, es lo que hermana a este poeta con todos los hombres.

El fondo teísta, no sé hasta que punto católico de JDV, trasciende

en muchos poemas las apariencias de la realidad: Es cuando su metáfora rebasa el "aquí y ahora" y, por interiores cuasi inefables, da noticia de una presencia invisible que traspasa el mundo inmediato y visible con un mensaje intemporal.

La cotidianidad es uno de los mensajes frecuentes en JDV; pero su primer significado resulta engañoso. Curiosamente, lo cotidiano es sólo un punto de partida de lo real, o la realidad misma del poeta -doblada, por cierto, de muchos fantasmas- o, en cualquier caso, todo es real para la circunstancia del poema, menos lo que dice su significado último. Y, en esto, JDV es un transfigurador, tal como si en un juego de representaciones sucesivas no es lo que se ve lo que importa sino lo que significa como metáfora final de esta poesía.

Se da también en JDV su cualidad de poeta extremeño, en el uso de los temas y del lenguaje, en la atención del que escucha a su tierra; pero más esencialmente en el hallazgo de un hombre que dialoga con la Naturaleza y que la reconoce sin ostentarla, recatadamente, en un coloquio implícito e íntimo, como aquello que se ama sin necesidad de nombrarlo.

La poesía de JDV participa siempre del drama o más claramente expresado, del conflicto; es una lírica agónica, a punzadas con el dolor y la fe, la vida y la muerte, la belleza y el olvido.

Podría decir que no toda la poesía de JDV está completamente lograda; pero esto sería como inferirle un agravio a la que sí ha logrado, al sentido de responsabilidad de su obra, a su referencia como valor dentro de toda la lírica extremeña, pues siempre he creído que esa obra honra a Extremadura, sin otro estímulo que el de ser fiel y hermosa consigo misma y con la tierra a la que gratifica. Hay dones que duran más que lo que tiene precio, pues como decía Shakespeare: *"Let them say more that like of hear say well;/I will not praise that purpose not to sell."* (Que digan más los que aman las frases vanas/yo no tengo que alabar aquello que nunca he pensado vender).

MANUEL PACHECO

Reiteradamente se ha afiliado a Manuel Pacheco al surrealismo; pero igualmente su poesía se afilia al expresionismo y, sin cesar, a las

vanguardias, sin que se puedan definir esas tendencias a ninguna poesía de escuela.

MP es un poeta tumultuoso, anárquico, socialmente comprometido, y fecundo y, a veces excesivo; pero su originalidad y su talento creador están por encima de todo eso.

Lo que se consideraba como un *reductio ad absurdum* del Romanticismo, cuando se hablaba de los primeros surrealistas, si le quitamos lo de absurdo, se avendría con el romanticismo que también anega, intrínsecamente, la obra de MP.

Ese impulso romántico es el que metamorfosea todos sus poemas, aun aquellos tremendos en los que, otro poeta sin su imaginación y su lenguaje, hubiera convertido en un panfleto en verso. Obviamente, algunas imprecaciones demasiado duras para entenderlas en poesía, MP las convierte en una incesante fabulación de metáforas, de hallazgos expresivos y de un sentimiento cuya autenticidad impregna cuanto escribe.

En la fábrica poética de MP deben encontrarse a gusto algunos fantasmas de Lautréamont, junto al don de las asociaciones, de las visiones y de las sinestesias de esta fuente lírica.

La poesía extremeña avanza con MP a la ruptura de cualquier tradiconalismo; el poeta se halla atento a no repetir las codificaciones de la poesía a buscar él sus propios códigos, la invención de la imagen y el mundo como suceso y dicotomía entre la fragilidad y la belleza, la injusticia y la fraternidad. Algo hay de mesiánico en esto, como lo hay de whitmaniano en sus imprevistas y magníficas metáforas que unen las presencias parvas a las universales. Un lírico así, a priori, debería de tener poco que decir de Extremadura. Y, lo curioso, es que MP no deja de ser raigalmente extremeño. El carácter de su poesía emana de una alianza extraña, de un fenómeno que se observa de diversos modos, pues resulta notable cómo, lo que podemos considerar como cultura del urbanismo en cualquier otro poeta, en el extremeño, la ciudad siempre está trascendida por una connotación campesina. Adviértese esto en la poesía de MP, en general, en todos lo poetas extremeños importantes. No creo que semejante carácter sea totalmente consciente en cada uno de ellos, y la única explicación que le encuentro a esta rara constante es que la ciudad, como tal, no ha podido aún arrancar del hombre extremeño sus

raíces de la naturaleza, y que está más cerca que otros de la tierra y de su palpitación creadora.

MP ha introducido en su obra, como es evidente para todos, un mensaje de penetrante denuncia, de compromiso social contra la guerra, la injusticia y otros males tan graves como eso. Podría, pues, ligeramente -algunos lo han hecho- afiliársele a la clase de poeta que, como Neruda, aduna en parte de sus libros, explícitamente, lo lírico con lo político; pero sucede que MP no ha seguido nunca una consigna política -por ejemplo, la del "*realismo socialista*", en Neruda- y que su poesía no está contaminada por ninguna praxis ideológica. Antes dije que MP es un poeta anárquico -no anarquista- y lo es en cuanto no se ha ceñido a otra voluntad que no fuese la de su propio albedrío para crear sus poemas. Sus virtudes y sus defectos no responden al dictado de nadie. En su abundante obra sólo cabe la poesía y una pasión desbordada por ella.

El lugar que ocupa MP tanto en la poesía extremeña cuanto en la española es, sobre todo el de la que la ha llevado a un surrealismo de nuevos modelos expresivos e imbuído de una humanización y de un desgarramiento existencial que no sólo lo justifica como poeta: Lo distingue, además, de lo que el surrealismo tiene de evasión de la realidad, de literatura ficticia y egocéntrica, para encararlo en las angustias y las esperanzas vivas del hombre y de su tiempo.

LUIS ALVAREZ LENCERO

Luis Alvarez Lencero se sintió siempre un campesino. Era, sin duda, un poeta de constitución empecinadamente telúrica, gravitacional y, a pesar de las fronteras, de un universo hiperbólico, a veces desmesurado en sus diversas atracciones de la tierra y de los hombres. Definido, políticamente, como un comunista, admiraba más por su inocencia ante las ideologías que por la fe en lo que creía.

Recibió la influencia abrumadora de Miguel Hernández en los comienzos de su obra. Se identificaba con Hernández de tal manera que él mismo anhelaba reeditar para Extremadura con sus poemas, el lirismo del exaltado poeta de Orihuela. Pero LAL no era, como Hernández, un neobarroco ni su lenguaje derivaba por mares de complicadas analogías. Los temas poéticos de LAL son pocos y están signados por un fervor

desmedido. La censura franquista debió encontrar en él a un rojo diabólico cuando no le dejó publicar su *"Juan Pueblo"*. Leído ahora, este libro, se advierte que no hay nada en sus poemas de rojo ni de diabólico, por el contrario, es el doloroso testimonio de un inocente, una forma del desamparo ante lo que desea de la fraternidad humana, una expresión casi franciscana del que ama la vida sin temor a su propia muerte y exige que esa vida sea justa, no rica ni ambiciosa, consigo mismo y con sus semejantes.

LAL era, explícitamente, un radical -quiero decir, de raíz- extremeño. Amaba a Extremadura, sufría con ella y de ella extrajo lo mejor de su poesía.

Sus formas poéticas se mantuvieron dentro de las estrofas clásicas y, en éstas, escribió algunos de los mejores sonetos que ostenta hoy la lírica extremeña; pero no solo eso, porque a sus poemas les infundió un latido vital que no sucumbe ante la literatura, que llena de sangre y emoción cada verso y que impone la belleza a pesar del distanciamiento que suele delimitar la palabra en carne viva de la palabra del arte.

Este difícil logro es, quizá, lo más característico de esta poesía sin inducir, como hecha a trallazos de pluma, lacerante y a la vez tierna, de un extremeño que dejó lo mejor de sí mismo en tres o cuatro libros donde se recoge sus ardiente y fraterna memoria.

ELADIA MORILLO-VELARDE

La poesía escrita por mujeres es muy escasa en Extremadura. Incluso López Prudencio tenía dudas sobre Carolina Coronado, de la que dice: *"En Carolina Coronado hubo un excelente poeta que malogró al halago de la prematura celebridad, las imposiciones agobiadoras de la popularidad, y la facilidad versificadora que a tantos poetas y en tantas épocas, ha engañado, llevándolos a confundir el verso con la poesía (...)"*.

Es posible que el juicio de López Prudencio sea cierto, porque hoy algunos poetas parecen seguir el mismo camino.

Dentro de la poesía extremeña, el azar de Eladia Morillo-Velarde alejó su nombre de Badajoz, ciudad en la que comenzó a publicar cuando era apenas una adolescente, y en la que formaba parte en las tertulias (entre ellas, la de Esperanza Segura), con Don Manuel Monterrey,

Lencero y Pacheco. El alejamiento de su tierra no hizo sino afirmar su extremeñismo.

Comenzó su poesía no un neorromanticismo ceñido a estrofas tradicionales, donde asomaba el paisaje pacense, en espejo ustorio del Guadiana, y los sueños de quien despierta a la vida creyendo en la pura bondad de la vida. También transitaba por sus poemas un Dios católico y una infancia evocada por sutiles recuerdos. Esa poesía inicial, hecha bajo el palio radiante de Juan Ramón Jiménez, traía la promesa y, en algunos poemas, la certidumbre, de que Badajoz tendría por fin la poeta que le faltaba.

El destierro voluntario y la discontinuidad de su obra, interrumpieron su trayectoria pacense. Sin embargo, la pervivencia Extremeña en dos etapas posteriores de su poesía -posiblemente desconocidas hoy en su propia tierra- la avalan como para integrarla a ella, en conjunción con quienes representan, para mí, un período culminante de esta lírica. La obra de EMV no tiene afinidades explícitas con la de Pacheco o Lencero; pero hay con de ellos un hermanamiento virtual y la visión de la naturaleza extremeña que, a la vez, los une y los diversifica.

Por temperamento, la poesía de EMV no abandona su "élan" neorromántico; pero introduce en él -y en su intimismo- un contenido que, sin que se distancie de las sugerencias expresivas peculiares de este origen, revela una realidad tensa y un sentido existencial, cuyas contradicciones se descubren y se afinan con su capacidad de apresar, más allá de los temas y las dicciones, la poesía de lo que Antonio Machado llamaba "la palabra en el tiempo".

Es notable que, durante los años de ausencia de su tierra, EMV haya invertido los términos de su experiencia extranjera, y recomience en una dimensión extraña la búsqueda de su identidad extremeña definida ya, poéticamente, en la evocación de edades que traspasan lo que antes era sólo suyo: la infancia, el paisaje de un ayer más o menos cercano y, como dice uno de sus títulos la "Memoria de la tierra". Pero se verá en el poema que he seleccionado, cómo esa memoria, a la par que subjetiva, se posesiona más que del espacio (en este caso también extremeño) de la temporalidad, y cómo se transfunden en el poema los objetos inertes, perdidos en el descanso de los siglos, con una actualidad que hace incesante el trasiego humano del ser y cómo la poesía, a pesar de

Heidegger, no reconoce la "nada" vaciada de sentido.

El poema podía haber sido una alegría y es, por contrario, una reafirmación de la vida; lo que parece entenderse en su finalidad, reside en que el tiempo se divide en sí mismo y se crea y se destruye; pero por encima de él existe un origen que reinicia, incluso desde las ruinas, la memoria del hombre. Y creo que ésta es la mejor experiencia que EMV ha tenido como extremeña y como española porque ha hecho irrenunciable su identidad con la poesía.

JOSE MARIA PAGADOR

En el prólogo que escribí para el primer libro de José María Pagador, decía: *"El lenguaje de Pagador no radica en la superficie de las palabras, sino en la aceptación subyacente, en una metáfora transfiguradora que parte, a veces, de lo más cotidiano y trivial y que va estructurando un clímax, una envolvente y angustiosa presencia del tiempo (...) Las palabras no son escogidas ni deslumbrantes, porque la poesía de Pagador, contrariamente a muchos poetas fragmentarios y acepcionales, tiene la difícil cualidad de cumplir un ciclo completo y de arrancar un bloque el contenido lírico (...)."*

Han transcurrido bastantes años desde la publicación de aquel primer libro. Entonces el poeta tenía 24 años y el legítimo deseo de integrarse el parco caudal de los líricos reconocidos (aunque no celebrados, porque entonces se celebraba sólo a los políticos) en Badajoz. Mi prólogo no sólo intentaba situar al lector en la obra de JMP sino, además, comprometerse con el destino literario de un poeta novel en el que creía. Hoy me siguen pareciendo válidos los juicios de aquel prólogo y JMP se ha encargado de demostrar con sus posteriores libros, que debe ocupar, por derecho propio, el lugar a que aspiraba entre los poetas de Badajoz.

La variedad de temas en la poesía de JMP no implica que responda a una dispensación desordenada de su fundamento lírico; tanto los temas como las formas (también variadas) concurren siempre a la unidad esencial del hecho poético: una visión del mundo interpretada por la palabra. La carencia de esa visión que, existencialmente, comprende una finalidad en sí misma, es la que distingue a un poeta de otro que

improvisa en el verso los temas y las formas sin más contenido que el de sus impresiones subitáneas; detrás de eso ya no hay nada más. Un gran maestro de esta instantaneidad poética era, por ejemplo, Manuel Machado. Y es lo que lo aparta de la magistral profundidad de su hermano Antonio.

En el mundo lírico de JMP hallamos los motivos que no se han separado nunca de la poesía; desde su primer libro, en que el amor y la angustia se conciliaban en el entorno y en la transferencia de la intimidad con la realidad social, y el *"nada de lo humano me es ajeno"* de Terencio, el poeta asume su compromiso con la vida como totalidad, y su conocimiento -y acecho de una sincronía efímera- con la muerte, y se incorpora a una agonía, es decir, etimológicamente, a una lucha, entre aquel compromiso y ese conocimiento. No obstante imágenes y metáforas circunstancialmente sombrías, la poesía de JMP conlleva un vitalismo esperanzado que se filtra a través de la trama sombría y la destella, porque el sentimiento del poema no admite una forma de la tragedia ni tiende a desarrollar un estado de purificación o de catarsis existencial; el único protagonista de ese conflicto existencial que el poema, tiene en JMP suficiente roboración como para rescatar del infortunio humano la diafanidad del ser. *"Oh tiniebla, mi luz"*, dice un verso de Sófocles (*"Ayante"*, v.394). ¿Cómo conducirse en las tinieblas que son toda la *"luz"* que los dioses (griegos) han dado al hombre para ordenar su vida? *"Todos cuantos vivimos -dice Odiseo en "Ayante"-, no somos sino espectros o sombra leve"*. Esa es, por destino o por los hados, una señal de la tragedia; pero ha tiempo que el poeta ha consumado a los dioses y puede representar por el poder de la palabra otra creación, tal como significa JMP en estos versos: *"Yo hago que el mundo aliente/más allá del instante/y pronostico el canto/del que nace la tórtola"*.

La obra de JMP ha acentuado, en pasajes de sus poemas penúltimos, una alianza, en todo caso difícil, que roza la expresión culterana; no llega nunca a ser un neobarroco como el fino poeta de Almendralejo, José Antonio Zambrano; pero, impuesta una sencillez de lenguaje, la consecuencia de este lenguaje por sus efectos intertextuales y la semántica que originan sus tropos -y sus alusiones míticas, históricas y estéticas- conforman finalmente eso que los especialistas alemanes llaman *"Darstellung"*, como trasmisión de contenidos cognoscitivos, que definen la representación y la cultura de los símbolos.

JMP ha escrito siempre su poesía por pura vocación (otros la escriben por pura promoción). El sitio que le corresponde en la lírica pacense no creo que pueda ni deba preocuparle. A mí, como crítico, me place situarlo en compañía de los poetas de casi tres generaciones, porque en todos y en cada uno de ellos, la poesía pacense ha dado belleza y fervor humano y un nuevo esplendor al arte de Extremadura.

Hugo Emilio Pedemonte

Puede ser que te pierdas
sin encontrar camino
en este hermoso día
por el amor vencido.
¿Quién quedará esta tarde
en los desconocidos?

Pregunto: ¿Qué será
lo que llaman destino?
Deben de ser los sueños
colgados en rítmicos.
Mañana el vino espléndido,
Dios de pan y de vino,
comer, beber las horas
de l nunca acasado.
En la cima se mudan
los pájaros de nido
en esa tarde tibia
de orillas y de abismos.

NOTAS

(1) El mejor epígono de Gabriel y Galán, el poeta de Guareña, Luís Chamizo, fue el que llevó más lejos las peculiaridades de este lenguaje. Basados /Chamizo, y en su poesía, que tanto alabó Ortega Munilla, algunos regionalistas, que respeto, deducen que existe una literatura extremeña diferenciada, lingüísticamente, del castellano; pero el caso de Chamizo es el único que ha trascendido y todo lo demás no es extremeñismo de lengua sino de sangre y espíritu y, desde luego, poéticamente superior al de Chamizo.

(2) Sería injusto desconocer en este juicio general sobre la crítica, el esfuerzo y la dedicación ejemplares, con la que Manuel Pecellín Lancharro asumió el reto de historiar el conjunto de la literatura extremeña que, por primera vez, se une con él a la corriente de valiosas obras que conforman el mosaico interregional de la literatura española. Otro tanto puede decirse, entre los actuales estudiosos de la literatura extremeña, de Angel Sánchez Pascual, que ha dedicado agudas páginas de interpretación a algunos de los poetas extremeños.

JESUS DELGADO VALHONDO

Tarde de domingo

Puede ser que tú seas
en los ratos perdidos
esta tristeza absurda
de tarde de domingo.
Una pasión cualquiera
que no tiene sentido,
un recuerdo de música
entre ramas de olvidos

Puede ser que te piense
sin encontrar camino
en este hermoso día
por el amor vencido.
¿Quién quedará esta tarde
en los desconocidos?

Pregunto: ¿Qué será
lo que llaman destino?
Deben de ser los sueños
colgados en racimos.
Mañana el vino espléndido,
Dios de pan y de vino,
comer, beber las horas
de 1 nunca acaecido.
En la cima se mudan
los pájaros de nido
en esa tarde tibia
de orillas y de abismos.

¿Quién quedará en nosotros
sin nosotros dormimos?
¿Quién quedará detrás
de lo que ayer hicimos?

Va escondiéndose el tiempo
en la esquina del frío,
cansado como un hombre
que ha segado su trigo.

Suenan cerca campanas
de platas en el quicio
de la puerta del alma,
en un cielo escondido
donde sangran vencejos
grises nubes de gritos.

La calle queda sola
como un cerrado libro
y yo amueblo mi vida
con la vieja tristeza
de tarde de domingo.

Plaza de Mérida

Se tiende en el ancho suelo
un amarillo sol sin horas
sobre la taza de la fuente
dedos de un alma melancólica.
Viento en la rama de los árboles
dirán las musicales hojas
(sea de venir a verme un día

alguien que busca mi memoria)
Baja la tarde. Suben los pájaros
hasta un grito de voz rota
del ciclo último. Una pregunta
late en el alma de las cosas.
Sigo esperando mientras vivo
a alguien que historia de la historia
venga a conversar conmigo
en esta plaza, de mi pueblo, hermosa

MANUEL PACHECO

Oda a Duke Ellington

En los maderos negros
de la cruz de tus manos iba a nacer el Alba.

Voz de pozo profundo para llegar a astro,
uñas de verde luz para arañar el día,
ojos de agua redonda para llega al mar
y decirle a las playas el secreto del trueno

Y tu violín olvidado
brotaba del sudor de tu cansancio,
de tu color prohibido,
de tus zapatos húmedos
caminando veredas hacia un reino imposible;
brotaba de tu cuerpo de olor a luces rotas,
de todas las hormigas del café,
de todas las palomas apretadas
en las blancas esquilas de los campos

Te metiste la selva en los bolsillos
y un árbol de tambor golpeó las raíces de la Danza.
Las manos del sonido arrastraban la menta de los besos
y bajaban suaves hacia el dulce gemido de los muslos,
las gotas de un violín manchaban tus mejillas
y los gritos del agua de los ojos
brillaron como un bosque de cuchillos.

Bajaba trompeta penetrando en la frente,
machacando la boca
y hundiendo su estilete en los pulmones.

¡Qué lamento en tus selvas!
¡Qué llanto en tus pestañas!
¡Qué pupilas colgadas de los árboles
para mirar la libertad del pájaro!

Golpeaste las puertas de la música
y un pasillo de vidrio tembloroso
te iluminó el camino de las Arpas.
Y ahora tienes un bosque entre las manos
y levantas las ramas de la aurora
para que nunca muera tu sonoro crepúsculo.

Arco Iris material...

Arco Iris material
en la pirona del aire.
El hombre deja la Prístina
sus huellas de caminante.

Badajoz 7/4/75

LUIS ALVAREZ LENCERO

Los pastores

Con el campo en las botas y encendidos los dientes
por un aire delgado de migas y majada
ya se van los pastores con el sol en las frentes
y el ganado con hambre de yerba enlagrimada.

Ellos son los hermanos del mastín y la encina,
con el yugo del lobo que les muerde los huesos.
Y una estrella de lana los alienta y anima
cuando vuelvan sus manos como pájaros presos.

Lastimadas las bocas por látigos de viento,
por uñas de tormentas y puños de verano,
escriben con pisadas un libro polvoriento
sobre el monte y el valle y el corazón ajeno.

Lloran como las piedras un zumo de respeto
donde nadie les pise las lágrimas morenas
y se lavan con llanto la flor del esqueleto
para que el pan sudado resbale con las penas.

Y vuelven a los chozos con el alma gastada
por el ancho paisaje de los atardeceres
ungidos con el sueño detrás de la manada
a sembrarse en el hondo barro de sus mujeres.

ELADIA MORILLO-VELARDE

Piedra viva*At mihi contingat patrio celebrare penates.*

Tibulo

Yo regreso al ayer: Abro la puerta
y estoy aquí, del atrio al peristilo,
(ínsula que se duerme entre hornacinas,
me reciben los manes de esta casa).

Antenas sollozando bajo el viento
traen la luz que de mañana vuelve.

Yo regreso al ayer, retorno al polvo
de mi sangre de ayer, al viejo pliegue
de mi túnica, al borde de aquel cántaro.

¿Dónde quedó la mano que tomara
mi mano aquella tarde? ¿Dónde el aire
que me llevara el soplo de tu beso,
la huella de tu pie sobre el mosaico,
la forma de tu cuerpo en el triclinio,
la cenizas calientes sobre el ara,
la voz de los amigos en la tarde?

Recorro con mis dedos las paredes
porque quiero encontrarte, recobrar
la plenitud de este regreso, viva
clepsidra que otra vez revierte el tiempo.

Mis pasos te persiguen desde el atrio,
y retomo en mis manos los fragmentos
de esta historia grabada en cada piedra,
en los estanques donde duerme el agua
de ayer y de mañana, entre los mirtos
de todos los jardines, y en la clámide

que viste de pudor a las estatuas;
en la fugaz presencia que yo soy
bajo el dintel del cielo, mientras juega
el aire con los plieges de mi túnica
y resuenan las fíbulas doradas
de mis sandalias, mientras piso el polvo
donde tú vives, donde todos duermen
sin preguntar por qué, tras de las puertas
yace esta sangre oscura que en las ruinas
se levanta en fantasmas milenarios;
esta historia que somos, esta casa
donde mantengo el fuego que ha de arder
más allá del recuerdo; nuestros nombres
ya mojados de lágrimas y lluvias,
rescatados del musgo del olvido.

Nuestra casa, amor mío, nuestra casa,
cuando el viento gemía en los postigos,
aquel viento que un día llevara
de golpe todo, y no hubo ya más casa
ni más jardín con niños, ni tablillas
con el abecedario de los cármenes,
ni muñecas, ni aros olvidados
por los rincones, ni más vino nuevo
en las cráteras, ni más fuentes, pájaros
cantando en los jardines. Quedó sólo
el paso del amor entre las ruinas...

Aquí estuvo la sangre...

Aquí estuvo la sangre. Aquí el rugido,
aquí el sudor y el odio. Aquí la muerte
Aquí vibró la gloria del más fuerte,

y se pisó la frente del caído.
Y no digo que el tiempo se ha dormido
que vive aquí la historia de tal suerte
que estás gritando para no perderte
por el ayer y por lo no venido.
Eres tu. Yo también. Todos gritamos
y sabes tu, que a caro asesinamos
y ya es el circo todo el universo
Todo tiempo y dolor. Pienso que es nada
Tanto amor, tanta frase malgastada
tanto papel perdido... tanto verso. (14-2-1974)

JOSE MARIA PAGADOR

Testamento

Esencia de la luz, luz construida
perduración y espejo de la muerte,
me acerca sus mudos testamentos
tiernos de sombra y corazones idos
y no vueltos jamás, sino la piedra.

Eso eres tú mi Mérida de adentro
porque todos tenemos dos mil años
de palabras escritas en la entraña
del tiempo visceral que aquí nos late,
dos mil años de sombríos humanismos,
trabajadoras sombras para que brille el mundo,
dos mil años de luz que nadie,
hombres o dioses, óxidos, muerte,
cataclismos pudieron desterrarla,
dos mil años de llanto y de alegría

en esta esencia luminosa viva,
que guarde pedernal y testamentos.

La luz ha vuelto

Comparto con el día
su inicial movimiento.
Fue trágica la noche.
Ahora a la tregua vuelvo.
Las validas razones
de nuestro asentamiento
se han caído del árbol
en que no me sostengo.
No hay nada que asegure
mi presencia, no acierto,
puesto que soy el aire,
a poner los cimientos.
A cimentar la causa
de lazos que no tengo,
ataduras de sombra
por las que voy muriendo.
Nadie ha llamado al día,
pero está el día de nuevo
con sus resurrecciones
golpeando mis huesos.
Ha sido que ha llegado
y que yo estaba en ello
con esta ansiosa sed
y en este cruel desierto.
Y, de pronto, el fanal
del día, y el incendio.
No es que yo haya cambiado,
es que la luz ha vuelto.